

VERSOS QUE SON VERSÍCULOS

UN ACERCAMIENTO A URI ZVI GRINBERG

M. ENCARNACIÓN VARELA MORENO
Universidad de Granada

«Nuestro cuerpo es salvaje, es un errante cuerpo de símbolos. ¿Y es nuestro sistema nervioso en alguna medida como el de los gentiles?. La boca hebrea es más bien como una herida; detrás de la frente hebrea grita un águila».¹

Así se expresaba Uri Zvi Grinberg en 1928, así aceptaba ya como inevitable el dolor de un destino que es como una sentencia, como un modo de vida, un destino que comparte con todo su pueblo.

Uri Zvi Grinberg, el poeta-profeta, el poeta de la sangre, del destino y de la ira judía contra el mundo gentil, nace en 1895 en una familia hasídica de la Galitzia polaca, una zona que aun siendo pobre en recursos llegó a ser un centro cultural interesante donde confluyeron grupos de *hasidim* y de *mítnaggedim*.

El joven Grinberg tuvo pues una educación tradicional, hasídica, sus primeros versos, publicados en 1912 en un periódico local, fueron escritos en *yiddiř* y en esta lengua publicaría sus siguientes poemas combinando con el hebreo hasta 1928, en que aparece su gran obra en hebreo, *'Anaqr'e'on be-qořeb ha-iřabon* (Anacreonte en el polo de la tristeza).

1. Manifiesto poético *Contra los noventa y nueve*, donde ataca a 99 escritores hebreos que tratan de nutrir su literatura de influencias foráneas cosmopolitas en lugar de hacer renacer la cultura de su pueblo —según Grinberg—.

Pero antes de esto encontramos a Grinberg sirviendo como soldado durante la I Guerra Mundial en el ejército austrohúngaro (1915), desertando de él (1917), presenciando los *progroms* polacos contra los judíos (1918) y saturándose de impresiones profundas que verterá en hebreo y en *yiddiř* en algunos de sus poemas de después de la guerra:

« . . . Y cayeron allí, con los pies para arriba contra las mallas de hierro . . .
 Y murieron oscuros del todo.
 Quedé solo, como el último combatiente de la raza humana en el mundo,
 y vi a mis hermanos crecer con los pies para arriba
 hasta que llegaron, en su muerte, a dar un puntapie a los cielos.
 Y vi a la luna frotar su rostro demacrado
 contra los clavos desgastados de las suelas . . .
 y vi aquel relucir terrible en los clavos de las botas
 de los muertos que pateaban el espacio . . .
 y vi la divinidad con los ojos de la carne como un misterio de pánico . . . »
 [Oración de aniversario]

El fuerte expresionismo de estos versos evoca los poemas de sus contemporáneos Stramm, Stadler, Heym y Benn, de los que indudablemente recibió una profunda influencia en su juventud. Como ellos aspira a crear una literatura vigorosa —en una época de crisis— que pueda transmitir escenas de horror, el estruendo de la guerra, que sea apta para comunicar alucinantes sensaciones lo más directamente posible. Y también como ellos después del desastre de la Primera Gran Guerra, se siente «solo, como el último combatiente de la raza humana . . . », al igual que el inglés Owen se siente «el último poeta» en un mundo de desastre donde ya «nadie será capaz de reconciliar al asesino con su víctima».

Con este bagaje de experiencias apocalípticas Grinberg se traslada a Palestina y continúa escribiendo, ahora cada vez más en hebreo; *Dabar*, el periódico laborista fundado en 1925, contó con él como uno de sus columnistas habituales, y cuando en 1929 se producen fuertes choques con los árabes el poeta rompe con el movimiento laborista y se une al Partido Sionista Revisionista, de marcada tendencia nacionalista.

A partir de ahora se va a sentir también profeta de una nueva ideología. Su militancia en la política del *Yiřub* le llevará incluso a ocupar un escaño en la *Keneset* en 1949 como miembro del partido *Herut*.

Pero lo que nos interesa de momento más que su carrera política es su trayectoria poético-profética, su visión mística del Sionismo, su

antieuropeísmo feroz y su especial forma de concebir el destino judío: el pueblo judío es un ente metahistórico, y por estar fuera de la Historia no es válido ningún razonamiento sobre él. El judío tiene una dimensión eterna que no debe ser ignorada ni por judíos ni por gentiles, y todo intento judío por salirse del rol cósmico en el que Dios le ha colocado (es decir, imitar a los gentiles) no conducirá mas que al desastre.

De un modo coherente predica día a día anunciando catástrofes inminentes hasta que finalmente llega el Holocausto, igual que los expresionistas alemanes habían preanunciado la Primera Guerra, y, como en el caso de ellos, sus negros augurios se ven cumplidos. En *Reḥobot ha-nahar* (Las calles del río) (1951) expresa con extraordinaria fuerza e incluso violencia sus sentimientos sobre la masacre judía en Europa, y es en esos poemas donde Grinberg pone en tela de juicio toda su teología sobre Dios, la Redención y el Exilio:

«Tú prometiste venir un día a reunirles y dirigirles orgullosamente a Sión, a renovar su reino, a ser su Rey. Pero mira, no has venido, oh Dios; vino el enemigo y los reunió a todos, una reunión de exilios para la aniquilación. Ahora ya no hay necesidad de redención ¡Siéntate Dios, siéntate en tus cielos».¹

Todo el holocausto es una broma macabra que Dios y la Historia han jugado a los judíos, de este modo Dios, el redentor de Israel se ha convertido en el «Guardián del cementerio judío».²

Antes de esto, en 1936, durante los conflictos con los árabes había escrito el *Sefer ha-qītrug we-ha-'emunah* (Libro de la acusación y la fe) denunciando la complacencia de su generación por lo extranjero, y proclamando la eterna enemistad entre «la cruz y la media luna» y el destino mesiánico judío. Después del Holocausto llega a afirmar que Occidente no es un pueblo de raíces bíblicas, «tras la máscara de la Biblia y el Cristianismo ruge la Bestia europea» y no sabe él mismo qué europeo, qué polaco es en sus mismas imprecaciones, qué heredero en su estilo de los modernistas rusos, del futurista Maiakovsky y de toda la generación expresionista alemana.

1. 'Elohay 'abi goyim (*Reḥobot ha-nahar*), Tel-Aviv, 1978, p.249.

2. Id., p.250.

Pero volviendo a sus vivencias teológicas y a su autoconciencia profética no podemos dejar de observar la ironía, el sarcasmo y la amargura que se reflejan en sus poemas

«Y al ver el general que mi padre no se levantaba, metió la puntera de su bota negra por debajo del vientre del padre venerable, y le sacudió y le puso boca arriba, y parecía que la tierra pagana le pegaba en el rostro puntapiés . . .

Así lo quería Dios. Se notaba que había Dios, aunque era el Dios de los gentiles. No hay Dios para Israel . . . »

[*La colina de cadáveres en la nieve*]

«No tenían los judíos campanas para tañer a Dios . . .

¡Benditos los cristianos que tienen campanas en las alturas para gloria del Señor que cuida de los cristianos, y todos los judíos están bajo los dientes de sus arados»

[*Bajo el diente de sus arados*]

Y no obstante, como el Job bíblico, termina su imprecación en una callada súplica, y en medio de su agonía surge una firme esperanza: «¿Vendrá aún el Mesías? Amén, ciertamente vendrá».

Porque para Grinberg hay dos líneas que convergen *a pesar de todo*: la redención mesiánica, al final de los tiempos, al final de la Historia, y una redención mística, individual, que él como profeta siente en su misma carne, una redención preestablecida desde el principio de la creación que le conduce hacia «la dulce inclusión en el corazón de Dios». Esa redención individual, que no ve como un fin en sí misma, es una sublimación del alma que apresura la redención del pueblo de Israel por el establecimiento de su reino por tercera vez, y ésta a su vez es el paso y la única garantía para la realización de la redención universal.¹

Uri Zvi Grinberg murió en 1981, después de marcar ideológicamente al sector ultranacionalista de Israel. «Verdadero poeta y falso profeta» le llamaron en la nota necrológica desde la izquierda israelí, juicio no excesivo para quien, independientemente de su labor poética, formó parte del grupo *Brit ha-biryanim* (Liga de los matones), pero a quien no se ha

1. DEBI-GURI, L. «Exilio y Redención en la poesía de Uri Zvi Grinberg», *Criticism and Interpretation*, 15, 1980, Bar Ilan University, pp.183-200.

dudado comparar con Whitman por la fuerza de su poesía —que no por su optimismo—, por sus alucinantes imágenes y por su empeño en expresar profundos contenidos existenciales y cósmicos.

Hemos elegido aquí tres poemas, no de los más violentos, porque también Grinberg posee una cierta ternura, un cierto romanticismo dentro de su angustia y una dimensión política que sería injusto ignorar.

En la simbiosis poeta-pueblo los mitos personales de Grinberg se funden con los mitos colectivos y su personal historia: *el padre-Abraham* (Cf. *Noche de lluvia sobre Jerusalén*), o bien: *padre-madre/ Adán-Eva*.

Símbolos disémicos muy repetidos en sus poemas trascienden lo puramente personal, como el *fuego*, símbolo del destino judío (*Con mi Dios el Herrero*, relacionado con el «divino herrero» de Ex.22,20). En *Noche de lluvia sobre Jerusalén* también aparece el fuego relacionado con el fuego del sacrificio (Gen. 22) y con el destino violento de los profetas (Jer. 20,9). Los ríos de lluvia, las tormentas y las nubes aparecen en este poema como mensajeros divinos, y las alusiones bíblicas frecuentes entroncan directamente con todo el contenido simbólico-bíblico, no sólo en sus formas más simples sino también en las más rebuscadas, como en el caso del hápax *ḥašrat* (*ḥašrat haggešamim*) (v.4), que aparece en II Sam.22, 12 con un ambiguo y amenazador significado (mole, tumulto, pesadez, densidad). Esta alusión había sido usada ya por Saúl Tchernikovsky también con el mismo sentido de amenaza que se cierne sobre el mundo:

«Tierra, sobre tu superficie
una mole de sombra (*ḥašrat šel*). . .»¹

Si exceptuamos el modo directo, cortante y profético de proclamar su mensaje y algunos recursos modernistas (*'Ami yam / 'Ami ya'ar*) encontramos lugares comunes en estas composiciones. El poema *Con mi Dios el Herrero*, por ejemplo, tiene bastante analogía con el *Holy Sonnet XIV* de John Donne, donde el poeta pide al Dios Artesano «que queme, que rompa y que le convierta en un ser nuevo», la imagen es bastante común. En realidad, al igual que todos los expresionistas, lo importante para él es el contenido, transmitir el *aquí* y el *ahora* con todo lujo de detalles para que el lector pueda captar una sensación lo más real posible,

1. TCHERNIKOVSKY, S. *'Ayit, 'ayit 'al harayik*, v.15.

por eso sus recursos formales no son demasiado originales en los tres poemas que presentamos en este artículo.

Sus procedimientos métricos a veces son regulares en cuanto al metro e irregulares en cuanto a la rima (por ejemplo, en *Con mi Dios el Herrero* amfíbracos (v-v) con leves variantes y rima muy irregular: abcbc / defdf). Otras veces prefiere la rima más regular (*Noche de lluvia en Jerusalén*), sin embargo en ningún caso se ata a los procedimientos métricos. Sus versos rara vez son medidos, aunque trata de darles una cadencia bíblica. Generalmente prefiere la aguda yuxtaposición de palabras prosaicas y poéticas, los ritmos abruptos y el arbitrario uso de rimas.¹

Canto de mi Pueblo-Mar, mi Pueblo-Bosque

Si un hombre anda por el bosque y deja oír su voz

le contestará el gran bosque con un eco.

Esto es señal de que llegó hasta él la voz haciendo tembla su corazón de

[bosque.

Mas si un hombre anda sobre el mar y deja oír su voz sobre el mar

5 el mar no le responde, así fluyen las aguas.

tal como la voz del hombre sobre la mar abierta, así es la voz del profeta en mi pueblo que es mar. ¡Pueblo-Mar! (*'Ami-Yam*) sobre el ancho universo.

8 Pero tal vez Pueblo-Mar (*'Ami-Yam*), que es mar para todos sus profetas, es un bosque eterno para las naciones del mundo:

de él saldrán los mejores árboles que serán columnas y bases

de las paredes del Palacio.

Y desde la cabeza de mi pueblo, Pueblo Bosque (*'Ami- Ya'ar*), hacia los

[gentiles parten nubes y más nubes,

y hasta él llegarán a talar. en él se ensañan las fieras de presa.

Y si un goy se levantara, más allá de mi Bosque Pueblo (*Ya'ar-'Ami*), y

[dejara oír su voz,

15 *'Ami-Ya'ar* (Pueblo-Bosque) le contestará.

Mas no así si en él se alzara un profeta-visionario de potente voz,

allí sería mar. *'Ami-Yam*, ¡Pueblo-Mar!

1. HRUSHOVSKI, B., *Ritmus ha-rahabut. The Theory and Practice of Rhythm in the Expressionist Poetry of U. Z. Grinberg*, Tel-Aviv, s.a.

He aquí la maldición de todas las generaciones, y el pecado de las
[generaciones_

¡Que tristeza! ¡Más fuerte que toda locura!

20 ¡¿Viene acaso de Dios una cosa tan cruenta?!

Bienaventurado el inocente y el necio, bienaventurado el que no conoce el
[fondo de esto,

se parece al músico ciego y sordo cuya mano busca en vano las teclas_

como aquel que camina por milagro, en su fantasía, detrás de un arado, en
[el seno del mar,

y piensa: un campo_, y ara sus surcos en el agua,

25 y siembra semillas sobre el agua

Pero ¡Ay del sabio-profeta que conoce el secreto,

y se angustia en su mente preclara,

y su mente se estremece como antorcha en el viento_!

Este sabe que es mar, no campo.

30 Pero_él continúa andando en el mar, y arando y sembrando;

Tal vez suceda un milagro y el Antiguo Dios de las Generaciones, el Cruel,
envíe alguna vez un viento de sequía

y le ordene al mar: ¡Sécate!

y el mar y sus olas se tornen campo y surcos feraces.

35 Y el que siembra en él, en virtud del milagro deseado

vea crecer el dorado y el verde,

cada hierba según su especie, cada árbol, cada cereal que depende del sol.

Todos mis días y todas mis noches vivo implorando este milagro.

Antes de tener poetas el pueblo hebreo tuvo profetas. Con Uri Zvi Grinberg, mucho más que con otros y de manera más definitiva, se intenta el difícil camino de la síntesis y el retorno.

Grinberg no es poeta de la mito-poyesis como podría serlo alegremente Shlonsky, tampoco de una romántica europea y medieval como Alterman, ni del renacer de una lengua que se da gloriosamente cita en Bialik y en Tchernikovsky. Grinberg es el poeta de la misión y de la *imprecación*. Su fuerte acento modernista y expresionista le acerca peligrosamente a la literatura profética de la Biblia en sus notas más amargas e imborrables. Decimos «peligrosamente» porque, continuando el pensamiento de Amos Oz, su «*kerygma*» le transforma en «poeta de verdad y profeta de mentira», dado el carácter de su prédica política y su militancia.

Este poema, que por problemas editoriales y de ordenación cronológica que desde siempre planteó la obra de Grinberg —desesperación de estudiosos

Estos son los bienaventurados, los necios tal vez, como en un anti-salmo, pero que conocen el sosiego de la falacia vivida como cierta. Después irrumpe la dolorida voz desde la aporía, también de remembranzas jeremíacas:

«Pero ¡ay del sabio profeta que conoce el secreto
y se angustia en su mente preclara,
y en su mente se estremece como antorcha en el viento!
Este sabe que es mar, no campo...»

El tono profético se enlaza aquí con el de toda una galería de visionarios del Antiguo Testamento, pero solicitando un milagro. El milagro consiste en que el «Antiguo Dios de las Generaciones, el Cruel» mande que ese mar se seque y se transforme en un campo fértil: «...ver crecer el dorado y el verde, /cada hierba según su especie, cada árbol, cada cereal que depende del sol./ Todos mis días y todas mis noches vivo implorando este milagro».

Hasta aquí el poema, sus últimos versos nos traen asociaciones evangélicas, la parábola del sembrador, pero Grinberg no es sospechoso de inclinaciones hacia el espíritu evangélico. Tal vez renueva el dolor del profeta desoído que deberá sufrir y morir para que se cumplan las Escrituras, ¿O quiere recordar al Siervo de Yahvé de Isaías?

Como conjeturábamos anteriormente el bosque puede ser símbolo del judaísmo centroeuropeo por lo intrincado de su flora, su exuberancia vegetal y la bondad de sus productos junto a la crueldad del medio ambiente. Esta imagen ya aparece en Agnon, que define el Holocausto nazi como el leñador que taló el bosque; también Bialik la había utilizado para hablar del judaísmo pasado.

El mar es lo abierto, lo incommensurable, lo absoluto, y a la vez lo estéril por la sal, los vientos y las olas. Sus dimensiones crean impotencia a quien predica en sus playas. Un viejo refrán *yiddiř* que seguramente Grinberg conocía habla de «decírselo al mar» como de hacer algo inútil. Es tal vez el destino impreciso del pueblo judío en vísperas de los fascismos y de la gran masacre, el mar que conduce a Palestina o a América, el mar indefinido y poblado de monstruos como en los mapas medievales.

Y sobre todo el mar embravecido que acalla la voz de cualquier profeta, y el mar como situación de lo sin-límite, digna imagen para el pueblo judío en su dispersión: «...En mi pueblo que es mar...¡Pueblo-Mar

sobre el ancho universo...».

Esta es la oposición entre las dos imágenes, 'Ami-yam y 'Ami-Ya'ar, y esta es su circunstancia poético-profética.

Mar-Bosque, ambas son formas de ocultamiento y sordera frente al mensaje. El pueblo no cambia, está concebido como maldición y destino, es como el yugo metafórico que cargó sobre sus hombros Jeremías, pero *profeta* y *pueblo* son inseparables. El uno es la voz y el otro es el paisaje necesario para desarrollar el mensaje.

Hablábamos antes de existencias para ser parábolas. Unos años después, ya en Palestina, con sus conflictos, luchas y amargas disputas entre los diferentes partidos del *Yišub* —década de los 30—, su poesía se esforzará en encontrar parábolas que buscan ser existencias.

Con mi Señor el Herrero

- 1 Cual capítulos de profecía arden mis días en todas sus formas.
Y entre ellos mi cuerpo, como el metal que va a ser forjado.
Y sobre mí mi Señor, el Herrero, que golpea reciamente:
cada herida que el tiempo abrió en mi El la funde y la moldea,
y estalla en chispazos de momentos el fuego aprisionado.
- 6 Este es mi destino y mi juicio hasta que atardezca el camino.
Y cuando llego a arrojar mi materia castigada en el lecho
mi boca es ya una herida abierta.
Y desnudo hablo con mi Dios: —Trabajaste en exceso,
- 10 la noche ha llegado, descansemos los dos.

Este breve poema, que no ofrece mayor dificultad idiomática, ha sido la tentación de muchos antologistas y traductores y no precisamente por su relativa facilidad o su brevedad sino por su enjundia temática y lo sugerente de sus símbolos.

No hay que engañarse, a primera vista los símbolos también parecen simples. ¿Quién no piensa en la fragua de Vulcano y en otras tantas alusiones de la mitología para conjeturar lo inconjeturable que es Dios?.

Pero cuando colocamos este corto poema en un contexto mucho mayor que es *Anacreonte en el polo de la tristeza*, la gran obra existencial de Uri Zvi Grinberg y tal vez su último manifiesto individualista nos encontramos una abismal visión de la tristeza y del sin-sentido y tememos

abrir la puerta, como en aquellos cuadros abstractos de Magritte, por temor a dar un paso y caer al otro lado..., el fin... el polo opuesto de Anacreonte según Grinberg, y ese fin está marcado con certeza en otro poema de ese libro: «... Hay una yunta de corceles negros que espera en alguna de las horas...» ¿A donde más se puede llegar? ¿Llegaría Grinberg a afirmar, como el poeta argentino Almafuerie, «Yo soy un muerto que quiere / que no lo tengan por muerto...?».

Un poco antes del polo se detiene Grinberg por las circunstancias históricas de su pueblo y de su ya comentada autoimagen de profecía y misión que no nos deja de recalcar cada vez que puede: «Cual capítulos de profecía / arden todos mis días en todas sus formas...». Los días —la dimensión del tiempo— se abrasan sin consumirse, como la zarza ardiente de Moisés (Ex. 3), «...chispazos de momentos...». Pero el cuerpo, materia, la dimensión del espacio, es materia transformable, «...como el metal que va a ser forjado...». Es lo que se dice del remanente de Israel en los oráculos de los profetas apocalípticos.

No podemos evitar, mal que le pese a Grinberg, recurrir a la metáfora de S. Pablo: Israel de la carne e Israel del espíritu. El Israel de la carne sufre, se le abren heridas y llagas, obra de aquella abstracción humana del tiempo que es la historia. Es la carne del poeta, es la existencia misma del pueblo. El Dios-Herrero moldea y machaca, le da forma al material doliente, no sabemos si le da sentido (pero quien sepa responder a esta pregunta no necesita escribir artículos, directamente *no necesita*).

«Este es mi destino y mi juicio (o *mi frase*)». Esta ambigüedad del lenguaje, conscientemente utilizada por Grinberg nos subraya su destino o misión profética: *gorali-mišpaṭi* (*frase* o *juicio*), en ambas formas hay una elección que parece una condena, un camino que no se puede dejar de andar.

Nuevamente nos trae asociaciones de la revelación de Jeremías, el más dolorido y doloroso de los profetas: «Antes de haberte yo formado en el seno de tu madre te conocía, y antes de que nacieras te tenía consagrado. Yo te constituí profeta entre las naciones» (Jer 1, 5-6).

Para subrayar la exactitud del mandato, en cierto modo la inexorable monotonía de su cumplimiento, utiliza una aliteración: «*ad 'ereb ba-derek*».

Desnudo y dolorido, ya en el lecho, habla con Dios. Ya no es un cruento herrero forjador de la Historia, sino un padre, un Ser cansado, tal vez tan cansado como su víctima y profeta. ¿De que otra forma se puede hablar con Dios sino desde la desnudez más absoluta?

Ya no hay *imprecación* (término clave en la obra de Grinberg), hay ternura entre dos socios en la forja de la Historia. Tampoco hay fuego por varias horas. la noche ha llegado, y con Miguel de Unamuno rogamos que Dios despierte de su sueño.

En una noche lluviosa, en Jerusalén

- 1 Los pocos árboles del patio atruenan como árboles del bosque,
y grávidas de ríos también truenan las nubes:
Angeles de la Paz a la cabecera de mis niños,
entre el tumulto de los árboles y el gran tumulto del agua.
- 5 Afuera: Jerusalén, la ciudad de la prueba gloriosa del Padre,
de inmolar a su hijo en alguna de sus montañas.
Aquel fuego, desde el alba, aún arde sobre el monte,
no lo apagaron las lluvias: el fuego del sacrificio entre los trozos.
- 9 Si Dios me ordenara ahora, tal como lo hizo
con mi Padre Antiguo, seguro le obedezco.
Se regocijan mi corazón y mi carne en una noche como ésta.
¡Y los Angeles de la Paz a la cabecera de mis niños!
- 13 ¡Qué hay de gloria y qué de parábola en esta sensación maravillosa,
que vive desde el alba del tiempo hasta ahora en el Monte Moria!
Se regocija la sangre del Pacto en el padre que reza,
dispuesto al sacrificio en el monte del Templo, cuando se haga la luz.
- 17 Afuera: Jerusalén y el tumulto de los árboles de Dios,
que talaron todos los enemigos de todos los tiempos...
Y las nubes grávidas de ríos, en ellas truenos y relámpagos,
que son sólo míos en noches de lluvia como ésta, son noticias
del Altísimo hasta la última generación.

He aquí un poema romántico y poco audaz en cuanto a su forma,

pero sin quererlo¹ Grinberg expone en él gran parte de su ideario, y si se quiere, una forma apaciguada del facismo hebreo. No hace mucho se vio corroborada nuestra opinión con la aparición de un libro en Israel² donde se subrayan, en un capítulo dedicado al Grinberg político, los orígenes polacos y paneslavos que concurren en su ideario, que, revestidos de un barniz bíblico y judaizante, crean unas imágenes determinadas y una fácil localización de símbolos.

La invocación a una noche de *tormenta, lluvia*, «...los pocos árboles del patio atruenan como árboles del *bosque...*», todo esto nos introduce en un típico ambiente romántico. Hay un juego de *interior-exterior* físicos que juegan con el subjetivismo del poeta: pero aquí viene lo original de la obra de Grinberg en esta etapa: lo subjetivo ya es en él histórico-mitológico-ritual.

Hay una renuncia consciente al propio individualismo y a la fase existencial que recordamos en *Anacreonte en el polo de la tristeza*. Ya no se habla aquí de estados de ánimo ni de situaciones románticas, se habla de «estados de la historia», y de cómo esa historia y esa mitología tienen un peso específico en el ánimo del poeta.

Estamos en 1954 y Grinberg es ya miembro de los grupos más radicales de oposición de derechas, los que se reúnen y escriben en la revista *Sulam*, a la derecha intelectual incluso de la revista *Ha-'umah* del partido *Herut*, los que no aceptan la división del estado hebreo, los que practican la pureza de ideales desde la retórica brillante y la impotencia política.

Grinberg ya es el Poeta-Profeta político que se viene anunciando en libros anteriores, y por eso hablan por él elementos como «el Dios Antiguo», «la sangre del pacto», «el fuego del sacrificio», «el fuego por generaciones...». Estamos ante una *subjetividad* mitológica y colectiva que es estimulante de leer, pero de poseer un poder político real podría traer —y trajo— funestas consecuencias a su país.

Se construye un escenario interior real, físico, que respira hogar, calidez, seguridad —algo que iría entre Natán Alterman en sus baladas y el comienzo de algún cuento de Edgar A. Poe—. Esta imagen se ve reflejada en la alusión «Angeles de la Paz en la cabecera de mis niños».

1. Grinberg mismo no lo destinó a uno de sus largos y demoleedores libros de combate, sino que apareció publicado en el suplemento literario del periódico *Ha-'Ares* en 1954.

2. SHAVIT, Y., *Ha-mytologya šel ha-yemin*, Tel-Aviv, 1986.

Es el símbolo del hogar judío, lo que se pide cada noche sobre la cabeza de los niños, lo que nos debe acompañar en la noche del *šabat* cuando las velas están encendidas y se hace *šabat* sobre la casa y sobre el mundo —un armisticio entre los elementos y la historia—, cuando se canta «*Šalom 'alekem, mal'ake ha-šalom, mal'ake 'elyon*»... Sugiere también la dicotomía entre los *mal'ake ha-šalom* y los *mal'ake ha-ḥabalah* (Angeles del Daño), y Grinberg de Angeles Malos entiende bastante.

El *exterior* va de lo cósmico a lo *histórico*. Rugen los elementos, como con Job se presenta Yahveh desde la tormenta: «...el tumulto de los árboles y el gran tumulto del agua...» y Grinberg lo une a lo histórico, pero con categorías que sólo él capta: «... Jerusalén, la ciudad de la prueba gloriosa del Padre / de inmolar a su hijo en alguna de sus montañas. / Aquel fuego desde el alba, aún arde sobre el monte, / no lo apagaron las lluvias: el fuego del sacrificio entre los trozos...».

Se alude aquí a dos de los momentos más dramáticos en la vida del patriarca Abraham y de la antigua autoimagen mitológica del pueblo judío en el Génesis —donde tal vez se formara su conciencia—: por una parte la '*Aqedat Yišḥaq*, el sacrificio que Dios exige a Abraham para probarle (Gn.22); por otra parte al fantasmagórico Pacto de la Promesa entre Dios y Abraham, el *berit ben ha-betarim* (Pacto entre los trozos) (Gen. 15), en que Abraham debe partir en dos varios animales y pasar luego entre los trozos descuartizados y humeantes, luego cae en un sopor y le son revelados su misión y su destino.

Uri Zvi Grinberg, poeta del destino judío, al igual que Abraham, se mueve en solitario aunque ambos creen que portan un pueblo en sus espaldas. Según un moderno teólogo judío americano, el Rabino Soloweichik, que consiguió relacionar la fe ortodoxa con el existencialismo, la posición del judío moderno frente a la vida es una postura abrahámica: solo en la fe, solo en la duda, solo en la plegaria, con un Pacto detrás y un destino por delante. Y así más o menos se siente Grinberg esa noche de tormenta, pero aquí vienen lo terrible, algo más que un recurso poético, un grito antiguo de guerra: «Si Dios me ordenara ahora, tal como lo hizo / con mi Padre Antiguo, seguro le obedezco. / Se regocijan mi corazón y mi carne en una noche como ésta. / ¡Y los Angeles de la Paz a la cabezera de mis niños!».

He aquí lo terrible, que es aportación propia del poeta: la disposición gozosa al sacrificio —¿de quien?—. Como en una película de horror la cámara se detiene en la cabezera de los niños.

Por supuesto el sacrificio no se realiza, todo es «gloria y parábola y

sensación maravillosa». Es un recordatorio del pacto, el *berit* de los antiguos pueblos semíticos que se sella con sangre, la sangre necesaria, y que se transmite de generación en generación por medio de la circuncisión de los hijos varones.

Dios prometió la tierra en la que Grinberg habita entre la tempestad externa y el fuego interno que no se consume.

El símbolo del Padre Antiguo, o los Padres, o los Ancestros se encuentra comunmente en la literatura romántica polaca. Muestra de ellos son los poemarios patrióticos de Mickiewicz y Slowatzky, que posiblemente Grinberg conocía muy bien. Lo exclusivo en Grinberg es el convencimiento de que *sólo él* recibe «noticias del Altísimo hasta la última generación».

Atractivo, retórico, peligroso, concluimos con el certero análisis de Amos Oz sobre lo de «poeta de verdad y profeta de mentira». Pero mentira que a veces en Oriente Medio se convierte en triste realidad.